

LA “NUEVA EDAD” Y UNA VIDA MÁS FÁCIL

(LA ELIMINACIÓN DEL “SACRIFICIO”)

El sagrado Libro *El Cantar de los Cantares* narra el entrañable ruego que la enamorada esposa dirige al Esposo:

*Ven, amado mío, vámonos al campo;
haremos noche en las aldeas.
Madrugaremos para ir a las viñas,
veremos si brota ya la vid,
si se entreabren las flores,
si florecen los granados. . .*¹

La esposa desea huir de la Ciudad de los Hombres, movida por el anhelo de refugiarse en la soledad. Pues se siente impulsada por la ardiente necesidad de vivir en intimidad de Amor con el Esposo.

Es empujada por la urgencia de dejar atrás su propia Ciudad; la misma en la que se han instalado la Oscuridad y la Confusión. De la que también la Vida, la Verdad y la Belleza, han sido igualmente expulsadas; mientras que ha sido ocupado su lugar por remedos espantosos: la Muerte, cuyo Estandarte ya había sido enarbolado y pregonado como triunfo del Progreso; la Mentira, avalada y reconocida como instrumento el mejor y más útil para sojuzgar las mentes; el Feísmo, aclamado como medio de expresión de lo horrendo, además

¹Ca 7: 12-13.

de cualidad obligada que habría de acompañar siempre a los que, desde ahora, serán los únicos sentimientos permitidos en el corazón de sus gentes.

*El primer jay! ha pasado. Pero mira que, después de esto, vienen todavía otros dos ayes.*²

En cuanto al Amor, la Ciudad ya lo había condenado al Olvido y sumergido en la Nada. Con la abierta intención de que el Espíritu fuera libremente suplantado por la Carne. Para que el Placer Animal desterrara, como malhadada réproba, a la Perfecta Alegría, sin más finalidad que la de impedir que siga brotando de la generosidad de los corazones limpios. Para que el Abismo del Egoísmo, y el Oscuro Pozo sin fondo del *Para mí solo*, ocupen el lugar de la Felicidad Perfecta que antes surgía a borbotones, como agua fresca y pura, del manantial de un *Yo soy para ti* que anhelaba entregarse.

Por eso ansía la esposa huir junto al Esposo, lejos los dos de la Ciudad de los Hombres. A fin de hallar la paz y el silencio sagrado de los campos:

*Juntemos nuestras manos
y vámonos a ver los verdes prados,
los huertos de manzanos,
los bosques de granados,
las riberas de chopos plateados.*

Desea encontrarse con Él para respirar juntos el aire puro y fresco de las cimas de las montañas. Lejos y olvidados de los Hombres, bañados ambos en la brisa limpia de la mañana o acariciados por el aura tibia y suave del atardecer:

²Ap 9:12.

*Amado, en las brumosas
laderas de montañas escarpadas,
con cuevas de raposas
y cimas plateadas
en silencio de nieves olvidadas...
Allí nos estaremos
y los cantos de amor entonaremos.*

Mientras tanto, la Ciudad de los Hombres había seguido redoblando sus esfuerzos para eliminar el recuerdo de Dios. De las mentes y del corazón de los Hombres. Suprimidas previamente la Belleza y la Verdad, como Hermanas y Compañeras que siempre fueron del Amor, se hacía ahora necesario volver imprecisa la idea del *Sacrificio*. Pues, como es sabido, el método de convertir en *débil y difusa* la realidad de una cosa, desvaneciendo su relieve en las nieblas de lo ambiguo y lo confuso, es el camino que la astucia del Mentiroso siempre ha utilizado. Como paso previo, y tal vez conveniente, antes de asestar el golpe de gracia de la *Eliminación* definitiva.

Porque, una vez establecida como *única posible* la Ciudad de los Hombres... Descartado ya cualquier vano pensamiento anclado en la esperanza de otra venidera; la cual, en realidad, nunca habrá de llegar... Aceptada como aspiración única y legítima la de la *Ausencia-del-Esfuerzo*... Condenada la Senda Estrecha, además de eliminados del corazón de los habitantes de la Ciudad cualquier pensamiento de donación y entrega... Y entronizados, por fin, como únicos caminos, el de la Comodidad y el de lo Fácil..., todo habría de contribuir a hacer más llevadera y confortable la vida a los humanos. Lo cual ocurriría cuando, de manera radical y de forma definitiva, fuera llegado el momento en el que el sentimiento del Amor al Prójimo, desprestigiado y obsoleto, hubiera sido absorbido por la nueva Realidad de la gran Comunidad Universal que será la

Humanidad. A su vez convertida en un gigantesco Organismo, a modo de *Cuerpo Único*, que borrarán para siempre cualquier intento de reconocer a alguien como *Prójimo*.

La tarea no ha sido fácil, sin embargo, por la común costumbre de los Hombres de vivir arraigados y firmes en sus ideas. De ahí que se hiciera necesario, como previa labor a llevar a cabo en la Ciudad, ya en la etapa de su *Nueva Edad*, difuminar la idea del *Sacrificio* para hacerla más viable y asequible a sus moradores. Y es que, según está comprobado, cuando la Religión está menos dispuesta a declararse trascendente, la idea de un *Sacrificio* reconocido como negación y entrega de la propia persona por Amor, tiende a desvanecerse sin remedio. Es entonces cuando se empieza a comprender, como cosa necesaria e imposible de aplazar, la necesidad de hacer compatible el *Sacrificio* con los criterios de un Mundo nuevo, centrado en un Hombre cuya existencia, al fin y al cabo, no debe ser definida de otro modo que no sea el de la búsqueda del bienestar y el de la satisfacción del Yo.

Desgraciadamente, y tal como casi siempre suele ocurrir, no parece que hayan sido muchos los que hayan caído en la cuenta de que, una vez desterrada la idea del *Sacrificio*, quizá ya no sea posible la Felicidad para el ser humano.

De todos modos, la situación llegó a alcanzar inesperados resultados cuando la Religión, a partir de un momento de decisiva importancia para la Historia de los Hombres, resolvió para Sí misma encarar el problema. Y dado que Ella misma asentaba sus fundamentos sobre un Culto cuyo centro era trazado por el motivo central de un *Sacrificio* —y Sacrificio divino, además, según algunos—, dio libre paso a la lógica consideración, tal como aconsejaban las nuevas circunstancias del Mundo, de la necesidad de una revisión. La cual habría de hacerse bajo la guía de dos consideraciones:

Una de ellas tuvo en cuenta, en aras de la eficacia según dijo, la necesidad de una mayor participación y cooperación de los fieles en las funciones del Culto Sacrificial.

En cuanto a la segunda, giró en torno a la conveniencia de llevar a cabo un estudio más profundo y detallado del Acto Sacrificial, a fin de lograr una mejor inteligencia de su significado por parte de aquéllos a quienes va destinado.

Realizado lo cual, ya no quedaría sino experimentar con los hechos y comprobar los resultados. Los cuales, en efecto, tanto unos como otros, alcanzaron tanta transcendencia que hicieron cambiar el rumbo de la Historia de la Ciudad de los Hombres.

Sin embargo, a fin de entender mejor la situación y el curso de esta historia, conviene volver atrás y examinar, siquiera brevemente, el modo y la manera como se produjeron los hechos.

Por aquellos días, la Religión andaba interesada en no airear excesivas discrepancias con la Ciudad de los Hombres. La decisión de la Ciudad, adoptada con aplauso prácticamente universal, de hacer suya la moderna visión del Mundo conocida como *Nueva Edad*, había causado en ella tanta impresión como para verse asaltada por multitud de dudas y no pocas vacilaciones. Por lo que no se sintió con fuerzas para contemplar otra alternativa que no fuera la de un posible *acercamiento*.

Estaba convencida la Religión de que la *Nueva Edad*, a la que el Mundo unánimemente aclamaba como *Progreso*, no estaría dispuesta a admitir posibilidad alguna de vuelta atrás. De ahí que creyera llegado ya el momento, como condición para asegurar su subsistencia, de buscar *soluciones de compromiso*. Acuciada por apremios repentinos, enseguida comprendió la urgencia de una tarea a emprender con tanta prontitud como acelerada diligencia: la de actualizarse y ponerse al día. La cual habría de hacerse, según aconsejaban las imperantes

circunstancias, conforme a los criterios tajantemente aceptados por la Modernidad. Empezando por el principal Acto de Culto, o Acto Sacrificial, al fin y al cabo considerado como el punto neurálgico que habría de afectar al conjunto todo de la Religión.

Por aquel entonces, la moderna Sociedad de la *Nueva Edad* de los Hombres ya había hecho suyos, e incorporado a su nuevo modo de vida, dos principios fundamentales: el de la *Facilidad*, derivado a su vez del principio más general del *Bienestar*, a conseguir por los Hombres en la única vida que iban a conocer; y el de la *Solidaridad* o participación, que ya había desplazado definitivamente al del *Amor*, y al que algunos aún seguían identificando con la antigua *Caridad* de la Religión.

Fue así como la Religión, presionada por el ambiente, sintió la necesidad o conveniencia de modificar el Acto Sacrificial. Y puesto que el objetivo a conseguir no era otro que el de hacerlo más próximo y asequible a los Hombres de la Ciudad —o al menos eso fue lo que se dijo—, pensó que bastaría con introducir algunos cambios. No precisamente esenciales, pero que facilitarían el camino para lograr *una mejor comprensión del Acto Sacrificial y una más intensa participación en él*.

Con todo, a la Realidad del Mundo y de las cosas no parecen preocupar demasiado estar o no de acuerdo con los pensamientos de los Hombres. Así como tampoco puede decirse que siempre caminen a la par con los sentimientos que albergan sus corazones. Por lo que la esposa, previendo seguramente las consecuencias que pronto iban a producirse, comenzó a sentirse tan compungida y consternada como para caer en el abatimiento.

Pues amaba apasionadamente el Acto Sacrificial. Era para ella el Momento culminante en el cual, de forma la más intensa y mejor, *participaba de la Existencia, de la Vida y de la Muerte de su*

Esposo. Pero si el Acto Sacrificial se veía reducido en su condición de Sacrificio, además de rebajado en cuanto al misterio de la propia Inmolación, *¿cómo alguien podría convencerla entonces —cuando el Sacrificio es menos Sacrificio— de que precisamente y así, de esa manera, iba a participar más del Sacrificio?*

La esposa no deseaba un Sacrificio *más fácil*. El cual, por esa misma razón, quizá ya no habría sido el de su Esposo. De Él había aprendido que es estrecha la senda que conduce a la Vida (Mt 7:14) y que solamente lo que muere puede dar fruto (Jn 12:24). Por eso desconfiaba de todo lo que teme al esfuerzo y se asusta ante el sacrificio; sabedora de que el camino de la Cruz, y no otro, fue el elegido por el Esposo para sufrir Muerte de Amor por ella. Lo cual la condujo al convencimiento de que lo *fácil* es desde entonces, en cualquier lugar y en todas partes, aquello que siempre se encuentra más alejado del Amor.

Sin embargo, aún más intensamente que por eso, la esposa ansiaba sufrir *el mismo Sacrificio y compartir la misma Muerte que el Esposo*. Pues —así pensaba ella— quizá no es tan importante el sufrimiento, que por sí solo no tendría sentido alguno, *cuanto el hecho de padecerlo por el Esposo y con el Esposo*. De esta manera, y siguiendo el mismo modo de pensar, ni la Muerte, ni aun la Vida, tendrían significado. . . *al prescindir de la Alegría Perfecta de estar junto al Esposo; y aun de saber que, tanto si se vive como si se muere, todo ello es para Él* (Ro 14:8). Pues siendo la Vida bella y animosa cuando se vive junto al Esposo, tal como el fulgor de las estrellas en las serenas noches del verano, más hermosa es todavía la Muerte —consumación, al fin y al cabo, de la Vida— cuando en Él y por Él es libremente aceptada y asumida. Por eso no duda en exclamar emocionada que ambos se pertenecen, llamándolo angustiada, después de haber comprobado que jamás podría vivir sin Él:

*Mi amado es para mí y yo soy para él.
 Pastorea entre azucenas.
 Antes de que refresque el día y se extiendan las sombras,
 ven, amado mío, semejante a la gacela,
 semejante al cervatillo,
 por los montes de Beter.³*

Ella desea seguirle, a cualquier costo que sea señalado, a fin de estar con Él. Por más que de alguna manera, más bien imposible de explicar, ha llegado al fin a comprender la forma en que su sueño podría verse convertido en realidad. Un modo el cual consiste, y no hay otro posible, en subir con el Esposo hasta la montaña misma do reside el verdadero Sacrificio:

*Déjame que te siga, compañero,
 mi dulce amigo, Esposo bienamado,
 para que andemos juntos el sendero
 que sube desde el valle hasta el collado.
 Y luego en soledad nos estaremos
 del Mundo de los Hombres, olvidados;
 y del Cielo el azul contemplaremos
 del aura de los montes rodeados.*

Pero la Religión, de acuerdo con la Ciudad de los Hombres, ya tenía aceptada, y hecha suya, la idea de un Sacrificio a ser compartido por la esposa. Aunque con precisiones importantes. Porque habría de estar imbuido el Sacrificio de un sentido de la inmolación más atenuado; con la mirada siempre puesta, como logro irrenunciable,

³Ca 2: 16-17.

en la Sociedad de la *Nueva Edad*. Aparte de lo cual, tampoco debería insistir demasiado en ideas que ya fueron tachadas de obsoletas: como la de la negación de uno mismo; la de la entrega por amor del propio yo; o la de compartir, también por Amor, la misma Muerte con la persona amada.

La Religión se esforzó en hacer saber, al universo conjunto de Hombres y lugares, de forma insistente como para ser también por todos aceptada, que el hecho de compartir el Acto Sacrificial quedaba expresado, de forma suficiente desde ahora, mediante ciertas acciones, sencillas y ordinarias, a ejecutar en el momento de la celebración de los Actos de Culto. Como podían ser, por ejemplo, la recitación de lecturas durante la celebración de la Liturgia; o también tomando parte en la distribución del Pan Eucarístico; o alentando quizá a la Comunidad con relatos de personales experiencias, acompañadas por demás con alegres actuaciones de guitarras y *efusiones* del Espíritu. . .

*El segundo jay! ha pasado. Mira, pues enseguida viene el tercer jay!*⁴

Pero la esposa supo siempre, sin embargo, que compartir el Sacrificio del Esposo es hacer *suyos* los Sufrimientos y la Muerte que Él hubo padecido. Convencida de que el carácter místico de tal experiencia —destinada, según su propia naturaleza, a culminar en intensidad en el ordinario transcurrir de la vida de la esposa— no la privaba, en modo alguno, de su condición de realidad. Con lo que se hacía bien patente, al alma de la esposa, que el hecho de compartir la Muerte del Esposo requería también la suya propia. . . , a no ser que el problema quedara circunscrito al ámbito de las metáforas o al de las meras conmemoraciones. Mientras que la verdadera Muerte,

⁴Ap 11:14.

como es notorio, suele ir acompañada de dolor y de lágrimas reales, nacidas a su vez de un corazón en verdad y enteramente atribulado. Todo lo cual, como conjunto bien trabado, formando un entramado de sentimientos tan personales como íntimos; imposibles, por lo demás, de ser asumidos como propios por extraño alguno que osara pretenderlo:

*Al ruiseñor herido
rogué que su lamento me dijera,
mas él me ha respondido
que yo mejor hiciera
en continuar llorando a mi manera.*

Por eso la esposa se dirige al Esposo para decirle que no ha encontrado sus huellas, a pesar de haberlas buscado por todos los caminos ya trillados, y aun por otros desconocidos. Y solamente ha venido a hallarlas, una vez entregada su vida por Amor, en el lugar mismo donde ambos hubieron compartido el Sacrificio y la Muerte. Pues era allí donde la aguardaba impaciente el Esposo; desde el principio, antes del amanecer del Tiempo:

*Subí hasta las estrellas
pensando que en alguna
iba a encontrar vestigios de tus huellas;
mas yo no hallé ninguna,
ni camino del Sol, ni hacia la Luna.*

Mientras tanto la Religión, animada con nuevos ímpetus, se sintió decidida a presentar el *Sacrificio* ante los Hombres de la Ciudad. . . , si bien de forma más asequible y adecuada a la actual mentalidad. Por lo que consideró urgente la tarea de revestirlo de un carácter más *inteligible*.

Para lo cual fue necesario modificar dos elementos cuya importancia, en cuanto a la configuración del Acto Sacrificial, resultó tan indudable como decisiva. El primero de los cuales tendría que ver con la simplificación de los ritos ceremoniales; mientras que el segundo, en cambio, se referiría al lenguaje a emplear en su liturgia. De esta forma, la introducción de ritos más simples se propondría como objeto la búsqueda de la brevedad y de la sencillez. A su vez, la sustitución del lenguaje arcaico, tradicionalmente utilizado durante siglos, afrontaría la novedad de admitir el uso de las lenguas actuales, aquí y allá utilizadas por los diversos Pueblos de la Tierra.

Se le dijo a la esposa que la nueva orientación iba encaminada a que los Hombres *entendieran* mejor el *significado* —expresión preferida a la de *contenido*— del Acto Sacrificial. Todo ello para utilidad de los Hombres, como es de suponer, una vez que cada uno empleara su propia lengua. A lo que habría que añadir la conveniencia de poner en práctica ritos más acordes con la peculiar psicología, costumbres y tradiciones de las gentes de la *Nueva Edad*. Pues todo indicaba que los antiguos ritos adolecían de excesiva suntuosidad y barroca complejidad; por lo que parecían más propios de Edades ya pasadas, a las que ahora resultaba difícil encontrar significado. Sin olvidar tampoco, como era lógico, despojarlos de un excesivo sentido de transcendencia que los hacía aparecer rodeados de un carácter de inalcanzable lejanía. En definitiva, lenguaje y ritos ya dispuestos y preparados para ser presentados en una nueva contextura, la cual, sin duda alguna, sería mucho más fácil de ser aceptada y asimilada por la mentalidad del Hombre Moderno.

Sin embargo, tal como suele ocurrir con los sentimientos de tristeza que a veces brotan del corazón humano, sin causa conocida ni razón que los justifique, así sucedió en esta ocasión en el caso de la esposa. La cual, en contra de lo que se podía haber esperado, se sin-

tió gravemente confundida. Recordaba los sucesos —según aparecían narrados en los Libros de las Crónicas del Esposo— ocurridos en los tiempos, ya lejanos, en los que comenzaba a alborear la Historia de los Hombres. Allí se decía que, cuando la vida transcurría en pacífica sociedad y en el uso común de la misma lengua, llegó un momento, sin embargo, en el cual, a causa de sus iniquidades, se desató el castigo de Dios sobre los Hombres. A cuyos efectos su lenguaje quedó transformado en tan angustiada diversidad de lenguas que los dejó sumidos en confusión. Por lo que se encontraron ante la práctica imposibilidad de entenderse, abocados a una división tan profunda que hasta el día de hoy no ha sido todavía reparada (Ge 11: 1–9).

Muchos siglos han transcurrido desde entonces y es verdad que no son idénticas las circunstancias. Con todo, la esposa sufre abatida, desconsolada y angustiada por el sentimiento de que el *Sacrificio* —la Muerte por Amor del Esposo— corra peligro de ser tan diversamente *interpretado* como tan variadamente *expresado*. Pues, aun siendo verdad que el lenguaje es el vehículo en el que viajan las ideas, nadie va a negar la decisiva influencia que las palabras adquieren sobre éstas. Y más aún si las formas de expresar el *Sacrificio* quedaban sometidas, o bien al parecer y arbitrio de Organismos diferentes pertenecientes a Culturas y Países bien distintos; o bien incluso a los meros individuos, a quienes el nuevo Sistema les permitiría hablar y actuar al respecto según su propio entender.

Consciente de la posibilidad de que fueran desvirtuadas tamañas Realidades, acabó sintiéndose invadida por la angustia. Ante el temor, no carente de fundamento, de que le fuera robada la Muerte del Esposo. Ante el riesgo percibido, por lo tanto, de verse privada de la máxima expresión del Amor del Esposo hacia ella —el Acto Sacrificial—. Y porque, al mismo tiempo, atisbaba en el horizonte el peligro de verse impedida de responderle de igual modo, a saber:

mediante la participación en el *Sacrificio*, juntamente con Él y en unión con Él. Que es lo que habría supuesto para ambos la mutua y conjunta *Muerte de Amor* que ella, durante tanto tiempo había tan ardientemente deseado. En último término, lo que la esposa temía, ante la posibilidad de verse privada de contemplar al Esposo, no era sino el riesgo de no ser capaz de hallarlo de nuevo:

*Abrí a mi amado,
pero mi amado se había ido, desaparecido.
Le busqué, mas no le hallé.
Le llamé, mas no me respondió.⁵*

Sus temores distaban mucho de ser infundados o tal vez exagerados. Pues eran demasiados los que ya no creían en el *Sacrificio*, según se desprendía claramente del modo como lo utilizaban y la manera como lo nombraban. Sus expresiones, en efecto, dejaron de aludir al *Sacrificio* para sustituirlo por otros vocablos; tales como el de *Memoria*, el de *Símbolo* o el de mera *Alegoría*. En cuanto a los que aún se confesaban abiertamente como seguidores del Esposo, también habían dejado muy atrás el tiempo en que llamaban por su nombre al Acto Sacrificial. Puesto que ahora se referían a él con expresiones cuyo objeto no era otro, al parecer, que el de ocultar discretamente la desaparición de la Fe. Por eso hablaban, por ejemplo, de *Comida de Solidaridad*, para aludir a actos que fomentan —según aseguraban con empeño— la pretendida hermandad y solidaridad entre los Hombres. Y aun otros lo designaban como una cierta *Acción de Gracias*; con la que pretendían expresar sentimientos de gratitud acerca de no se sabe qué y a no se sabe quién.

Ante estas cosas, ¿cómo sería posible que no llorase la esposa...? Después de contemplar la Muerte del Esposo reducida a la condición

⁵Ca 5:6.

de una Comida entre Amigos; o convertida meramente en un Acto de Gracitud, sin otra intención que la de agradecer un servicio cuyo significado importa poco y cuya finalidad todavía menos... , ¿acaso podría dejar de lamentarse y de gemir amargamente?

Sus intentos por mantener vivas las relaciones de Amor con el Esposo... , o para evitar que sea desvirtuado lo que de por sí es Eterno —el verdadero Amor—, la condujeron a verse a sí misma por todas partes escarncida y perseguida:

*Encontráronme los guardias que rondan la ciudad,
me golpearon, me hirieron,
me quitaron el velo
los centinelas de las murallas.⁶*

Claro está que la esposa nunca habría pensado en un modo *fácil* de compartir la Vida del Esposo, y aún menos su Muerte. Siempre supo que al Amor no se le encuentra jamás por los senderos que conducen al Monte de la *Ausencia-del-Esfuerzo*. ¿Por qué iba a desear una relación de Amor con su Esposo que discurriera entre naderías, ausencia de sacrificios y renunciaciones, desconocedora además de lo que significa la entrega amorosa que se consume con la Muerte... ? Puesto que el Esposo hubo elegido para Él la Senda Estrecha, ella no desea seguir otra distinta. Solamente anhelaba caminar junto a Él, para vivir y morir también con Él. Por eso le decía al Esposo:

*¿Cuál de tus ansias es la más soñada?
Me preguntaste ayer por el sendero.
Miré a tus ojos, y dije enamorada:
Morir de Amor por ti es lo que yo quiero.*

⁶Ca 5:7.

Según la Religión, el empleo de ritos simplificados y la introducción de los lenguajes en uso, tal como fueron adoptados por la nueva liturgia del *Sacrificio*, tuvieron por finalidad la de hacerlo más *inteligible* a los Hombres de hoy.

Con todo, es fácil darse cuenta que pretender *entender* el *Sacrificio* y la Muerte del Esposo equivaldría, en último término, a entender *del mismo modo* al Esposo. Mientras que considerar, por el contrario, que es imposible, o muy difícil, hacerse cargo del significado del Acto Sacrificial, supondría admitir como cierto que el verdadero conocimiento del Esposo es inasequible al entendimiento humano.

Y aquí es, justamente, donde la angustia de la esposa hubo llegado a su colmo.

Puesto que según lo dicho, tal como se desprende del sentido obvio de los conceptos y de las palabras empleadas, hacer *inteligible* el *Sacrificio* a los Hombres de hoy significaba, evidentemente, *hacerlo accesible a su mentalidad*. Lo que expresado con otras palabras, pero con idéntico significado, equivalía a hablar de *ponerlo al alcance de su razón*. Que viene a ser lo mismo que decir *a la medida y según la capacidad de su entendimiento*.

Ella —la esposa— sabía de los antiguos tiempos en los que los Hombres, encandilados por las doctrinas de la herejía arriana, pretendieron igualmente *entender* al Esposo. Pero con la particularidad, dado que no otra cosa se podía esperar del error en el que habían caído, de entenderlo meramente *a la manera humana*.

Y de ahí el abatimiento y el dolor de la esposa. Pues hoy también, aun en la misma Religión y dentro de sus propios Círculos, se pretende *entender* al Esposo exclusivamente según la medida —finita y limitada— del entendimiento humano. Para quien tenga ojos y quie-

ra verlo, la que fue *vieja* herejía arriana conserva así su actualidad y se ha convertido en *moderna*. Nadie puede negar la realidad de que ahora, incluso en los ambientes de Círculos los más influyentes de la Religión, se suele distinguir entre el Esposo, según lo presentan los Libros de sus Crónicas, de una parte; y el Esposo, tal como llegó a ser imaginado por las primeras generaciones de sus seguidores, de otra.

De ahí también la amargura de la esposa: ¿Tendrá acaso algo que ver la *mejor comprensión* del Sacrificio, puesto al alcance y más adaptado a la mentalidad de los Hombres de hoy, con la equiparación (o tal vez reducción) del Esposo, también a la medida de la razón humana?

Sin embargo no debieran interpretar mal a la esposa quienes la contemplen llorar. Ella ama al Esposo, no tanto por la razón de que sea Dios, ni por el hecho de que también sea Hombre; sino simple y sencillamente porque es *Él*. Pues es de saber que, quien ama, mira siempre y contempla a una Persona. Y la esposa, en efecto, que se goza por el carácter divino del Esposo tanto como por su condición humana, aún más se regocija y le tributa su Amor justamente porque es *Él*: su Esposo. Sabe bien que, si acaso el Esposo fuera desposeído de su carácter divino, o tal vez de su condición humana, *ya no sería Él* y, por lo mismo, habría dejado de ser la Persona de quien ella se siente enamorada. De donde conviene insistir en el hecho de que, siendo el Amor eminentemente *personal* (en cuanto a su procedencia y en cuanto a su objeto), quien ama tiende siempre hacia la Persona amada *por ser precisamente ella, y no otra*. Por eso la esposa no ama al Esposo por la principal razón de que sea Dios, ni tampoco por la especial circunstancia de que se haya hecho Hombre; sino que lo ama porque es *Él*. Claro que, para ella, si acaso esa Persona, objeto de su amor, no fuera Dios o tal vez no fuera Hombre, en modo alguno sería ya el Esposo por quien suspira su corazón.

Además de eso, para la esposa, el Esposo es *Maravilloso*. Lo dice así, con esa palabra, por la sencilla razón de que, aun siendo consciente de la insuficiencia del vocablo, no encuentra otro que exprese mejor sus sentimientos. ¿Con qué palabras podrían ser descritas la Belleza y la Bondad, tal como se perciben en una Humanidad en la que se trasluce la Divinidad? ¿O la de una Divinidad que se transparente —hasta donde alcanzan los sentidos humanos— a través del encanto y la seducción de una Humanidad? ¿Cómo pensar que el lenguaje humano puede reflejar la figura de un Dios que, a su vez, es visto como verdadero Hombre? ¿Cómo delinear los rasgos de un Hombre en el que se percibe lo Inefable de la Divinidad? Y así, de esta manera, la esposa podría estar hablando, una vez y otra, de Belleza, de Bondad, de Ternura, de Afecto y Amor, de Intimidad y de Entrega Amorosas, de Integridad, de Pureza, de Verdad, de Gracia, de Honradez, de Valentía, de Luz, de Alegría... , y de todo aquello que pudiera manifestar, siquiera de alguna manera, la Belleza y la Bondad juntas en el grado mayor de Infinitud. Pero para acabar reconociendo, a fin de cuentas, que andaba demasiado lejos de expresar lo que percibe en el Esposo.

¿Será posible que se haya llegado a pensar en la posibilidad de describir al Esposo por la mera razón humana, de tal manera que por todos pudiera ser *entendido*? ¿Tan grande ha llegado a creerse el Hombre y en perspectiva de tan ridícula pequeñez ha llegado a imaginar al Esposo? Pero lo que hubiera parecido increíble ha llegado a suceder: que alguien haya sido capaz de aceptar la posibilidad de minimizar al Esposo... , hasta poder *aprehenderlo* a través de la sola capacidad de una criatura tan infeliz como es el Hombre. ¿Cómo ha sido posible llegar a imaginar que se podría explicar de modo *mejor y más inteligible*, prescindiendo de los medios venidos de lo Alto, lo que significa que tal Persona asumiera libremente, por Amor a los Hombres, su Muerte en la Cruz?

Ésa es la razón por la que la esposa enamorada se siente incapaz de describir al Esposo cuando le preguntan por Él. Y de ahí que acuda a los últimos recursos de que dispone. Cuales son, por ejemplo, la metáfora. . . , y toda la florida variedad de tropos de los que suele echar mano la Poesía. Intentando de esa manera decirlo todo. . . , y comprobando que no puede expresar apenas nada:

*¿Y en qué se distingue tu amado,
oh la más hermosa de las mujeres?*

*Mi amado es fresco y colorado,
se distingue entre millares.
Su cabeza es oro puro,
sus rizos son racimos de dátiles,
negros como el cuervo.
Sus ojos son palomas
posadas al borde de las aguas. . .⁷*

Solamente quienes otean el horizonte pueden alcanzar, al menos en parte, por dónde discurren y hacia dónde se dirigen los caminos y los pensamientos de Dios. Y digo alcanzar, siquiera de algún modo, ya que no es posible afirmar que sean enteramente divisados. Como el Cielo, que sólo en el lejano horizonte, allí donde se pierde con la Tierra o con el Mar, parece unirse con ellos; si bien de tal manera y en un punto que jamás por el Hombre ha sido encontrado (Is 55: 8–9).

No se puede *abajar* desde una Cumbre, para ponerlo al nivel de la mente humana, lo que por estar demasiado *alto*, se encuentra a la vez tan lejos y tan por encima de ella.

Pese a todo y finalmente, el Acto Sacrificial, además de haber sido simplificado en sus ritos, fue vertido a los lenguajes hablados hoy por los Hombres. Con lo que se hacía más fácil de ser *entendido*

⁷Ca 5: 9–12.

y aprovechado por quienes viven en la Era de la Modernidad. Un Tiempo difícilmente dispuesto, por lo demás, a aceptar formas de pensamiento distintas de las suyas.

Para una mentalidad sencilla, con tendencia a la ingenuidad y poco temerosa de ser engañada, el intento no podía suponer sino el deseo de *acercar* a los Hombres el significado y contenido del Acto Sacrificial. Sin merma alguna de sus elementos esenciales; pero con una presentación más acorde con los modos de pensamiento de la *Nueva Edad*.

Todo lo cual, sin embargo, no pudo calmar el desasosiego de la esposa. Pues ella presentía lo que iba a suceder en el mundo de los Hombres. En definitiva, lo mismo y no otra cosa que vinieron a demostrar los acontecimientos que siguieron.

Pero el Acto Sacrificial, por el que el Esposo rescató a los Hombres del estado de miseria en el que se encontraban, y con el que demostró el grado en que los amaba, *era la más Alta Manifestación de Amor que han conocido los Siglos*. Y siendo el Amor el Mayor de los Misterios, hasta la Infinitud de lo Inefable, directamente emanado del Ser con el que forma una Sola Cosa y Motor Único de toda Vida... , no podían los Hombres pretender *disminuirlo*. Ni menos con el fin de ponerlo al alcance de su razón, siempre limitada; o de sus sentimientos, ordinariamente de tan cortos y tan diminutos alcances. El Amor, que es sin duda alguna el Más Sublime Misterio Increado... , y también el mayor de todos los creados:

*Que es fuerte el amor como la muerte
y son como el sepulcro duros los celos.
Son sus dardos saetas encendidas,
son llamas de Yavé.⁸*

⁸Ca 8:6.

Donde es de notar cómo, según el texto, el Amor es igualado en Fuerza con la irresistible que es propia de la Muerte. Como que está dotado de un ímpetu semejante al de la Parca; que es la que, con inmutable y cruel voluntad, acaba siempre con el destino terreno de los Hombres. Y puesto que el Amor nada tolera que intente suplantarlo o superarlo, de ahí que sean equiparados los celos a la dureza pétrea del sepulcro.

Al parecer —pero solamente al parecer—, de nuevo aquí el lenguaje de la metáfora y expresado a la manera humana. Pues ningún otro modo de decir ha podido ser hallado por el Libro del Esposo.

Pero es que el Acto Sacrificial, o la Muerte del Esposo en favor de la esposa, es la mayor demostración de Amor, jamás por ella recibida ni nunca por nadie imaginada. Aunque llevada a cabo de tal manera, y realizada de tal modo, que ninguna otra semejante ha sido conocida por los Siglos. Por eso he aquí de nuevo, al cabo misteriosamente unidos, como si de caminar juntos se tratara, el Amor y la Muerte. Pues no le ha sido dado al Hombre otra demostración mayor de Amor que la entrega de la propia Vida, libremente ofrecida a la Muerte y en favor de la persona amada: *Nadie demuestra mayor amor que el que da la vida por sus amigos.*⁹

Pues la Muerte, lo mismo que la Vida, solamente tiene sentido y encuentra significado, allí donde está el Amor y junto al Amor:

*Si vivimos, con el Señor vivimos;
y si morimos, con el Señor morimos.*¹⁰

Y dado que la Muerte, después de ocurrida, por Amor, la del Esposo, solamente en el Amor halla sentido, ¿qué de extraño tiene que el Acto Sacrificial, donde el Esposo entrega su Vida por Amor,

⁹Jn: 15:13.

¹⁰Ro 14:8.

sea justamente eso y no otra cosa, a saber: *el Acto y la Demostración de Amor jamás ofrecidos a los Hombres*? De esta manera, solamente la Muerte por Amor, mudado ya en Victoria su antiguo carácter de Castigo (1 Cor 15:55), se deja inundar por la luz de la Alegría y tórnase por fin, ya en sus gozosos brazos, amorosa. Por eso, desde que el Esposo la hizo suya, solamente la Muerte de Amor es la que cuenta. Como dice la esposa:

*Sus ojos en los míos se posaron
antes de que la aurora despertara,
y en tal modo herida me dejaron
que si el dulce mirar de mí apartara
pronto en muerte de amor yo me encontrara.*

*Sus ojos me miraron
antes que el blanco Apolo apareciera,
y herida me dejaron
de amor, en tal manera,
que, de seguir mirándolos, muriera.*

El Libro del Esposo sigue hablando del Amor y de la Muerte por Amor. De manera tan sublime que parece humana y, al mismo tiempo también, tan elevada, que fácilmente hace pensar en la divina. Para el Libro sagrado, nadie puede comprarlo ni tampoco por nadie ser vendido. ¿Y qué precio sería suficiente para poder ser adquirido? ¿O cuánto habría que exigir para venderlo? No existe dinero, ni cosa alguna en todo el Universo capaz de valorarlo. Sólo a Sí mismo podría ser equiparado, y sólo consigo mismo conseguido. Sólo mediante Amor es alcanzado y sólo por Sí mismo es dispensado. Es tan *Único* que más bien pareciera sumido en infinita soledad. . . , de no ser porque siempre se entrega a la persona amada y porque siempre es a ella a quien también recibe. Jamás al darse mostró exigencia alguna,

ni nunca halló respuesta que esperara, de cierta forma al menos, ser con equivalencias retribuida:

*No pueden aguas copiosas extinguirlo
ni arrastrarlo los ríos.
Si uno ofreciera por el amor toda su hacienda,
sería despreciado.*¹¹

¿Los Hombres...? ¿Quienes han sido capaces de confundir y equiparar el Amor con el *sexo*, van ahora a entender, después de haber confiado solamente en su razón y en los alcances —siempre tan limitados— de su propio lenguaje, lo que es el Sacrificio de Amor...?

Por eso, he aquí el Mensaje de las estrellas, transcrito en lenguaje de destellos titilantes, enviado a las inmensidades perdidas de los espacios siderales, y recogido, al fin, por quienes miran al Cielo en la serenidad de las noches transparentes:

“ Y dado que el Amor solamente puede ser *entendido* por el Amor, quienes no aman están destinados a no conocerlo jamás (1 Jn 4:8). De igual manera también, la Muerte del Esposo, libremente asumida por amor a la esposa, nunca será *entendida*, ni aun menos *compartida*, si no es asumida en Él y juntamente con Él.”

De ahí que el Acto Sacrificial no pueda ser calificado, ni encajado en modo alguno, *dentro* de las posibilidades de cualquier entendimiento creado... , salvo que haya sido inundado previamente por la luz que ilumina el Misterio de la Muerte por Amor. La misma que tampoco halla cabida en los pensamientos, ya estrechos e incapaces de por sí, de quienes nunca se rindieron al Misterio del Amor. Pues ya alguien advirtió, desde los Tiempos Antiguos, acerca de lo que, sobre la Muerte por Amor, imaginan los Hombres cuando prefieren

¹¹Ca 8:7.

conducirse por sí solos: una locura, según unos; o un escándalo, según otros (1 Cor 1:23).

Pero siendo el Amor la más *consistente*, y aun la mayor de todas las realidades que pueblan el Universo, de tal modo que en el grado más elevado de su Infinitud se identifica con el Ser, la Muerte por Amor es igualmente otra *dura* realidad, imposible ella también de ser reducida y confinada a los campos de la alegoría, tal vez del símbolo, o incluso quizá del tierno y amoroso recuerdo. Todos ellos, en fin, sólo por la imaginación humana cultivados, y sólo también por ella igualmente recorridos:

*Que es fuerte el amor como la muerte
y son como el sepulcro duros los celos.
Son sus dardos saetas encendidas,
son llamas de Yavé.¹²*

Y puesto que la Muerte, sólo en modo de Muerte puede a su vez ser *participada*, de tal modo sería tachado de insensato quien pretendiera haberla compartido. . . , aunque sólo de superficiales formas y maneras, fútiles lo mismo que vacías, tan alejadas de la realidad de la Muerte como desconocedoras de la inmólación capaz de abrir las puertas que conducen al misterioso Abismo del Amor. Pues si el Amor es la más sublime y mayor de todas las realidades, sería desatinado, y aun digno de castigo, pretender haber *participado* en la Muerte por Amor luego de consumada una insignificante acción humana. La cual, lejos de haberse realizado bajo la acerada realidad de la entrega en donación o de renuncia alguna, ni siquiera ha conocido el aleteo de un minúsculo sacrificio o el suspiro sutil de un leve esfuerzo:

¹²Ca 8:6.

*Si uno ofreciera por el amor toda su hacienda,
sería despreciado.*¹³

Quien pretendiera haber hecho *inteligible* la Muerte por Amor, o intentara convertir en cosa *fácil* el duro destino de participar en ella, estaría persiguiendo finalmente la destrucción del Amor. Además de haber convertido en pozos secos, o en páramos eriales, el corazón de los Hombres. Para los cuales, a partir de ese momento, ya no sería posible amar. . . , luego de haber sido impedidos de sufrir por la Persona amada: Aquélla, y no otra, que quiso elegir la Cruz como demostración suprema de su Amor. Pues ya no serían capaces de andar junto al Esposo por igual camino, ni compartir tampoco idéntico destino. El mismo que habría conducido a ambos a la Alegría Perfecta de la consumación final, a saber: aquélla que consiste en la dulce y amorosa entrega, total y recíproca, de las propias vidas.

Los Hombres han abandonado el camino del sacrificio para buscar el de la vida sin esfuerzo. Han desertado de las angustias de la senda estrecha, dejándola al arbitrio de muy pocos, para elegir en cambio las facilidades que brinda la más ancha, por la que muchos son los que deambulan (Mt 7: 13-14). En último término se han negado a abrir su corazón al Amor. . . , al que no han sido capaces de encontrar culpable de otra cosa, como si de un delincuente se tratara, que la de compartir el sufrimiento y la muerte con la persona amada.

Por eso ya no lo conocen. Pues siendo el Amor cosa que va del uno al otro, para en seguida volver del otro al uno y hacer de ambos una sola cosa, ahora, por el contrario, ellos se han quedado aislados: sin nadie a quien hablar y sin nadie a quien oír; envuelto cada cual en la espantosa soledad de quien jamás podrá ya amar ni tampoco ser amado.

¹³Ca 8:7.

Mientras tanto el Mundo se ha visto inundado por las tinieblas, a la par que el llanto ha suplantado al gozo de sentirse enamorado y saberse correspondido. Y el dolor de la desesperación ha ocupado el lugar de la dulce nostalgia. Aquélla que se alimentaba de Esperanza mientras amorosa aguardaba al Esposo, al tiempo que entonaba, en voz suave, los dulces Cantos del agonizante atardecer:

*En la noche serena
del silencioso valle nemoroso,
en suave y dulce pena,
la espera del Esposo
de ardorosa impaciencia el alma llena.*

Ahora el *Sacrificio* es por fin asequible para todos, después que se ha hecho fácil y ya no exige inmolación alguna. Sólo que ahora, al tiempo que ofrece la apariencia de más cercano al Mundo, deja traslucir la suave amargura de la nostalgia de lo divino. Y hasta parece que los Hombres, además de haber dejado de gozar de la Alegría, igualmente han olvidado escuchar, en el tranquilo fondo de los valles, el eco melodioso de los Cantares Antiguos:

*Las luces de una tarde ya agotada
las sombras por los valles extendían;
y allá lejos, a ratos, se escuchaba
el lejano rasgar que al par hacían
rabeles y guitarras
y el áspero runrún de las cigarras.*

A modo de Epílogo

La Palabra humana —hablada o escrita— nunca pudo expresar, ni siquiera de lejos, lo que es el Amor. Ni tampoco la Poesía pudo hacerlo. Sólo que esta última, tomando el camino allí donde la Prosa, al fin desanimada, lo había por fin abandonado, dirigió de nuevo sus pasos hacia una Meta que, aun sabiendo que era inalcanzable, prometía sin embargo el premio de un esfuerzo, ni tan vano ni acaso tan inútil, como para no quedar al menos siquiera con un retazo de Aquello que buscaba.

Canción de la esposa en busca del Esposo

*¡Si al recorrer el valle yo pudiera
junto al bosque de acacias luego hallarte,
hasta que al fin, de nuevo al contemplarte,
Muerte de Amor contigo compartiera...!*